

Apuntes para una discusión de la ruina

Notes for a discussion on ruins

Gabriel Esteban Espinoza Rivera

Universidad Alberto Hurtado
gospinozarivera@gmail.com

Resumen. El presente ensayo discute y reflexiona sobre la ruina como un dispositivo de fetichización de la experiencia humana, que convierte lo parcial en universal. En este punto, se aborda la ruina desde su vínculo con la modernidad, con la arquitectura, la guerra y el miedo, la conservación patrimonial y finalmente como un dispositivo que ejecuta fobias y temores de un desarrollo limitado del horizonte moderno. Este análisis interdisciplinario propone entender a la ruina como un fenómeno cultural, y evidenciar cómo diversos contextos políticos producen y hacen presente a la ruina como una realidad.

Abstract. This essay discusses and reflects on ruin as a fetishizing device of human experience, which turns the partial into the universal. At this point, ruin is approached from its link with architecture, war and fear, heritage conservation and finally as a device that executes phobias and fears of limited development in the realm of modernity. The present interdisciplinary analysis tries to understand the ruin as a cultural phenomenon, and to evidence how diverse political contexts produce the ruin as a reality.

Palabras clave. Ruinas; modernidad; arquitectura; estudios culturales.

Keywords. Ruins; modernity; architecture; cultural studies.

Formato de citación. Espinoza Rivera, Gabriel Esteban (2020). Apuntes para una discusión de la ruina. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 10(2), 35-47. http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/espinoza_rivera_gabriel

Recibido: 19/10/2020; **aceptado:** 21/10/2020; **publicado:** 4/11/2020
Edición: Almería, 2020, Universidad de Almería

Introducción ¹

Un autosabotaje conceptual, en relación a las pretensiones de un texto ensayístico, sería proponer que este es poco exhaustivo, o que adolece de una mirada superficial. Si bien la pretensión y desarrollo conceptual del siguiente trabajo hace lo posible por eludir dichos elementos, esclarece, como un descargo de responsabilidad inicial, que su horizonte de comprensión y debate es limitado. Lo anterior, con el fin de concentrar esfuerzos en cuatro dimensiones de la ruina. La ruina es un concepto complejo, que navega desde la estética y la teología, hasta disciplinas como la arqueología, la antropología o el urbanismo y la arquitectura. En el contexto contemporáneo, barnizado por el entendimiento de que vivimos en un contexto de ruinas y fines, no fundacional, y donde el Antropoceno se erige como una amenaza universal, cabe reflexionar sobre la dimensión simbólica del pensar y hacer la ruina.

La voz de Yusoff (2016) surge particularmente relevante para tomar una postura reflexiva sobre el fin como un proceso eminentemente humano, y cuya escatología es parcial y no total. El Antropoceno ha surgido como una forma de desagenciar a los procesos geológicos y ambientales, poniendo el ojo particularmente en las formas de entender una suerte de gobierno y tiranía global de lo humano sobre cualquier otra esfera del mundo, y los mundos. En este ensayo se propone entender la ruina como una fracción ideológica, como un concepto que no tiene inmanencia más allá que en los campos de la cultura. Al mismo tiempo, se propone reflexionar sobre la realidad y presencia de la ruina como un indicador de los límites de la modernidad y proyectos políticos; como alegoría y condición de vida, en paisajes de violencia; como un dispositivo de poder histórico y de fetichización de idearios y ensueños utópicos; así como un indicador del límite del desarrollo, la propiedad y el malestar que presenta el desuso.

La reflexión aporta enfoques teóricos, entrega una actualización de los debates en la literatura durante los últimos veinte años, y al mismo tiempo, refuerza el entender a la ruina como fragmento y no universal. La ruina es en la medida que los deseos de su observador y catalogador entiendan la pérdida o el rescate de una entelequia diluida. La ruina como un actante de nostalgias, o una invitación a apropiarse.

¹ Este artículo reúne resultados de la tesis de Magíster en Antropologías Latinoamericanas de la Universidad Alberto Hurtado, realizada en el marco del proyecto Fondecyt 1180352.

Una utopía decaída

Las ruinas devienen un signo de los horizontes utópicos que no concretaron ni lograron sobrevivir a sus propios sueños, o lo caduco de los mismos. Pero esta vez, no dejando un retorno a la naturaleza, sino construyendo vestigios sobre terreno profundamente humanizado, en el decir de Picon (2000): el paso de la ruina al óxido. A su vez, esta relación de abandono de utopías en la forma de arquitecturas que dan paso al óxido, no implica el cierre de las utopías. Nuevamente Picon (2013), realizando una trayectoria del maridaje entre utopía y arquitectura, señala que, desde mediados del siglo XX, con el reconocimiento de las crisis de desarrollo de Occidente, la arquitectura busca en los edificios eso que era propiedad de la muerte de sus diseños y materias: la reconciliación entre la tecnología (el hacer humano) y la naturaleza (lo dado). Lo anterior, con un germen anti-modernista ya presente en el siglo XIX, tanto en el abordaje de Ruskin sobre la arquitectura y su deseo de que esta vuelva a su forma pre-industrial (Picon, 2000), como un saber hacer asociado al oficio y la albañilería (Ingold, 2013), o la crítica sobre el enfoque civilizatorio moderno y la necesidad de escapar de él hacia la comunidad, en Tönnies (Schluchter, 2011).

La noción de ruina está vinculada con un régimen temporal y de acción propio de la modernidad: marcada por un *ethos* de movilidad y remplazo del presente y el pasado por un futuro escatológico; un proceso de negación de lo anterior por lo venidero (Lipovetsky, 2006); de palimpsestos que van estructurando el abandono de las formas históricas constituidas (Huysen, 2006), atribuido a un proceso de aceleración propio del *zeitgeist* y la epocalidad de un estado civilizatorio abundante de sus propias producciones: sobremoderno y veloz (Augé, 2000; Rosa, 2011). Este último, productor *ex professo* de ruinas, es decir, una forma destructora de habitar el mundo (González-Ruibal, 2008).

La modernidad contiene en su germen la producción destructora de sus artefactos, la actualización constante de sus virtualidades, y a su vez, una realidad política enfocada en el uso. En este marco, un edificio deviene ruina bajo una noción estética de desligamiento entre una misión humana y lo que acontece cuando un régimen gobernante de la actividad antrópica abandona el objeto. Luego, los devenires posibles son incontables. Ni ruina, ni abandono, ni desconservación hablan realmente de un problema aprehensible en un edificio, si los usos son el foco de la investigación, o su vida social. Porque el ambiente sigue restituyendo vida, usos y habitabilidades a los espacios arquitectónicos, con o sin agencia humana. Esto, propuesto por enfoques como el abordado en Ingold (2002, 2012, 2018) sobre ambientes para la vida y su lineología, o en cuanto a investigaciones empíricas como las ecologías ruderales y las reapropiaciones humano-vegetales de espacios ruinosos (Stoetzer, 2018). Lo anterior, dando paso incluso a relaciones económicas en los territorios que cuentan como desperdicio del Capital (Tsing, 2015). Pero es cierto que, desde una visión de regímenes administrativos, conceptos como abandono, más que ruina (profundamente estético), permiten ajustar ciertas decisiones de abordaje teórico.

Una serie de trabajos de investigación, o problematizaciones que tienen una dimensión política de proyectos caídos en “ruina”, donde los edificios son indicadores, en sentido material, y en el sentido figurativo del fracaso de tal o tal proyecto, proliferan en las últimas décadas. Edensor (2005) aborda la debacle industrial en Reino Unido, debida a los procesos de desindustrialización, como aquellos desarrollados por el *thatcherismo* (Jessop, 2003). A su vez, la ruina se utiliza como una alegoría, particularmente en los paisajes posindustriales, de decadencia, ausencias y suspensiones de presente por parte de las comunidades aledañas (Mah, 2010; Martín, 2014a, 2014b). Por otra parte, Bouchier (2016) continúa con la línea de la destrucción en los procesos de ruinificación del mundo, desligando, algo, de la responsabilidad a la modernidad en territorio centro-europeo, y entendiendo que la presencia de la ruina es un acontecer entrópico global; una suerte de agencialidad sin jinete que amenaza con mantenerla como un presente político. En este último punto, la propuesta también hace eco de la propuesta de González-Ruibal (2008), quien describe una suerte de *ethos epocal* destructivo.

En cuanto a la ruina, en términos arquitectónicos, ésta continúa siendo un edificio. En este punto, las propuestas de Latour & Yaneva (2008), Guggenheim (2009), Gieryn (2002) y Göbel (2015) evidencian la naturaleza procesual de un edificio. Independientemente de sus usos actuales (los tenga o no), hay una

serie de asignaciones y valores que lo recubren de expectativas y posibilidades. Incluso cuando la materia decae, el edificio sigue siendo un punto de referencia urbano, un refugio, un espacio de diversiones o un lugar otro. Una heterotopía abierta, desgobernada y lista para servir a quien desee poseerla (Doron, 2008).

Inevitablemente, la ruina habla de un contexto donde las acciones humanas han abandonado la materia, y con ello, se ha dado paso a otro tipo de gobiernos y usos. Aunque violencias estructurales como las de la guerra configuran espacios donde no hay abandono de vida, sino tensiones que se desarrollan en un paisaje materialmente ruinoso. De igual manera, la ruina, o los residuos arquitectónicos del diseño, son tiempo. Construir y producir espacio, como señala Virilio (Virilio & Lotringer, 2002), es construir tiempo. Y esos tiempos, y las materias en un lugar, exceden la contención de agencias humanas, pero también permiten indicadores materiales que lo contabilizan, espacializan y testimonian.

La ruina como tragedia

Ōe (2011) relata la vida entre ruinas y miedos en la Hiroshima pos-bombardeo. En estas crónicas, lo ruinoso no son las edificaciones, que evidentemente se encuentran derruidas y minimizadas, al igual que la posibilidad de respuesta de la infraestructura política. En el periodo de composición del texto, Ōe evidencia la propia vida como ruina. Los efectos que tiene la destrucción del ambiente despiertan el reconocimiento reflexivo sobre el fin como un vivir bajo amenaza. Como señala Massumi (2010), habitar y ser ontológicamente en el miedo. La amenaza del fin como el límite de la realidad posible. Lo anterior, abordado por Beardsworth (2019) al analizar cómo el periodo de la Guerra Fría en Estados Unidos, y la institucionalización del gobierno del miedo, influye y produce padecimientos evidenciables en el trabajo de poetas como Anne Sexton y Robert Lowell. El impacto de la bomba nuclear se traduce en la narrativa biomédica descrita por los especialistas entrevistados por Ōe (2011), en un golpe que marca y cierra la posibilidad vital en pos del devenir de los efectos radiactivos en los cuerpos. El ambiente, eso que era sinónimo del afuera, es un adentro que cerró la vida y le puso límites cronológicos. Como lo indica Viveiros De Castro (2012), los límites del terror y la inseguridad se disipan. Ahora hay un habitar absolutamente poroso donde el terror se impregna como posibilidad interna de existencia. Se es en el miedo.

El aire contaminado, la tierra desollada posterior a la explosión, y la inmensidad de la nube que logra franquear la barrera cronológica del impacto, es un cambio de régimen; es el fin siendo presenciado. La idea de decaimiento ya no es sólo algo que se sabe que acontecerá, sino que su realidad es infranqueable. La realidad latente de la vida en su pleno desarrollo es la muerte, acechante. El cuerpo no lo puede desmentir: la tragedia de la piel perdida, la sangre a borbotones por la nariz, las escaras y las caras cubiertas por la vergüenza de la deformación no dejan espacio para el sosiego vitalista. De lo anterior, Sloterdijk (2014) analiza cómo el descubrimiento del medio-ambiente fue la nueva forma de atentado que dio a luz el siglo XX. Desde las guerras de trincheras en adelante, la constitución de ataques químicos con nubes tóxicas o los bombardeos a gran escala, dominados desde la cenitalidad del aire, reconfiguraron la noción de resguardo y, con esto, posicionaron a la racionalidad y expectación de la muerte en primer lugar. En este sentido, el reconocimiento del fin como una alternativa, como la exposición al riesgo, no es algo que el hacer-saber de la racionalidad cognoscente pueda contener (Beck, 2008). La vida sabe sus riesgos, estipula la contención del daño, pero la evidencia del fin sigue delimitando el hacer, el cuerpo, los ambientes y la materia. En esto, como señala Lorey (2016), los cuerpos son precarios tanto por las condiciones de gobierno que no pueden eximir todos los riesgos de los individuos, como por las condiciones propias de la materia y composición de lo humano. La vida no está asegurada, ni es asegurada por ningún tipo de contrato social, sino que lo que se evidencia, en condiciones de precariedad, es la fractura del imaginario mítico de la conservación y el resguardo que el cuerpo político, llámese estado, llámese comunidad, puede garantizar. La ruina y la precariedad se convierten en una diáda que desestabiliza las expectativas de conservación y reproducción, y hace que lo vivo se reconozca como una excepción que se tiende a normalizar como crónico, hasta que se hace insostenible el simulacro de vitalidad.



Imagen 1. Fort Wayne Hotel, Detroit. Fuente: Yves Marchand & Romain Meffre © 2010. <http://www.marchandmeffre.com>

Jouannais (2017) analiza esta situación de manera estética e histórica a partir de eventos de guerra e invasiones, como retratos obsidionales donde el pavor, la tensión e inmanencia de la muerte, el estar asediado y en una normalidad crítica, funden el paisaje con las emociones y sensaciones de muerte. La ruina surge como un indicador de muerte y miseria, pero también como el solo refugio disponible en un territorio en escombros.

Pero las muertes y ausencias también levantan el espacio para pensar desde la memoria de los proyectos fallidos. Huyssen (2003), Dillon (2006) y Paul Dobraszczyk (2016) abordan la memoria de la modernidad, de proyectos políticos que se cristalizaron en inmuebles, espacios a secas, lugares de ausencia y que dieron la posibilidad de imaginar. ¿De imaginar qué? Cómo hacer uso de estos lugares, ya en términos simbólicos a través del culto de la belleza de una ruina que no remite más a ‘un saber natural’, sino que es un objeto prospectivo, mostrando la ruinización del presente, explicitando nuestra incompletitud (Dillon, 2006), o eso que asume otras narrativas, aún más libres, como las ‘identidades y representación’ en zonas de conflicto, en relación a lo analizado en Priyat por Dobraszczyk (2016).

En Priyat (Ucrania) existían dos parques de diversiones, y al igual que la ciudad, se encuentran hoy abandonados debido a la radiación nuclear liberada en el accidente de Chernobyl. Ni la ciudad ni el parque se encuentran en uso. Un paisaje desconservado e infértil, que abandona la humanidad, o a su agenciamiento presente, para unirse al óxido: un repliegue de la humanidad, pero sin dejar que la naturaleza se asiente, porque el paisaje ya es puro desperdicio de la acción cultural. Junto a la ruina nuclear, que también deja lugares sin uso, como los bunkers de la guerra fría (Bennett, 2020), podemos sumar aquellos que los regímenes económicos hicieron devenir en ruinas, como el característico Spreepark (Berlín, Alemania), el Nara Dreamland (Nara, Japón), o en Chile el caso de Mundo Mágico (Lo Prado, Santiago, Chile) y Parque Hollywood (Macúl, Santiago, Chile). Estos últimos cuatro espacios,

diseñados, promovidos e impulsados para el ocio al aire libre; parque de diversiones con juegos mecánicos, carruseles y distintas ornamentaciones temáticas: dinosaurios, personajes de manga y anime, o aquellos producidos por las empresas dueñas del lugar, ofreciendo la compañía de las mascotas guías. Frente a la entelequia fundadora del diseño de estos lugares, ha decaído la conservación del lugar, las lógicas de acceso e, incluso, las herramientas y la predisposición de sus usos.



Imagen 2. “Kaputte Dinosaurier im ehemaligen Spreepark im Plänterwald Berlin”- C.Pietzsch (2013)

En relación a lo expuesto, Heidegger indicaría que existe una ruptura en el uso del objeto y su idea de normalidad de uso como “objeto a la mano”. Esto, debido a que su uso normal y esperado ya no da respuesta. Es decir, en esa acción de no correspondencia entre el uso ideal y la forma actual, el paso al quiebre, que evidenciaría los límites de las cosas, de los usos, y llamaría a reflexionar sobre estos objetos en el paso de lo diseñado y su correspondencia con los usos, al mero vestigio (Heidegger, 1977; Bengoa Ruiz de Azúa, 1994; Harman, 2011).

Yves Marchand y Romain Meffre² son los creadores de un registro excepcional sobre ruinas de Detroit; ruinas urbanas, ruinas modernas, la materia descascarada de proyecto arquitectónicos y de ciudad, que con su metal y aleaciones debió haber sido perenne, al llegar el ocaso, logra presentarse caduca. Quizás esto último, como señala Lipovetsky (2000), es en definitiva el destino de aquello inscrito en el espectro fundante y renovante de la modernidad: la caducidad es la posibilidad de ser; es la condición *sine qua non* para ser.

Si el encanto acabó, si las cosas están ahí tendientes a ser en su función, el objeto que decidimos conservar depende del afecto que le tengamos y la singularidad que les adjudiquemos (Baudrillard y Nouvel, 2002), pero las lógicas de organización urbanas tienden a la racionalidad y reconversión de los espacios ociosos a productores de valor (Espinoza, 2020; O’Callaghan et al., 2018; Ren, 2014), por sobre la dimensión afectiva, y el romanticismo neo-moderno del vuelco afectivo sólo justifica la permanencia de la ruina a través de un ejercicio de memoria fundido con una ideología que lo contenga. Frente a esto, Dillon (2014)

² <http://www.marchandmeffre.com/>

hace un llamado de atención sobre no caer en la nostalgia, no fetichizar y volver al encantamiento del siglo XVIII que produce el *ruinsucht*. Pero, al mismo tiempo, ¿qué males puede traer el encanto, en periodos de apacible desafección frente al mundo?

En lo mismo, si la ruina ya dejó ese romanticísimo místico *à lá* Caspar David Friedrich, donde las edificaciones derruidas eran un vínculo hacia la naturaleza, un saber superior, un lugar donde la naturaleza nos hace saber su lugar al enflorar y allanar con lo ‘dado’ lo ‘creado’, ¿qué es hoy la ruina?, ¿es la memoria un valor en sí mismo?, ¿es posible concebir que la detención monolítica del pasado, en la posibilidad de su materialidad en contextos urbanos, llevando a resaltar un fragmento conocido de la ideología-uso que recubrió a un lugar, en un periodo particular, pueda congelar las exigencias de hacer-rehacer-recrear-armar de la ciudad?, ¿pueden las ruinas urbanas, ya no en el místico bosque, sino al lado del ‘hacer compulsivo’ de la ciudad, establecer un régimen simbólico y espacial de excepción, de inamovilidad sacra en base a su memoria?, ¿qué acontece con la posibilidad de hacer, si la ruina exige en su contemplación el silencioso paso de la antroposfera y la apetezible acción de la atmósfera y el tiempo sobre ella? El tema de la ruina se asociará, a su vez, con una noción evidente de desmantelamiento ideológico del diseño, y con la disputa de una noción de inamovilidad. Si lo nuevo tiene el germen de su destrucción desde el mismo comienzo, y la ruinización como el paso al fin, ¿qué sorpresas puede tener lo que ya es evidente y desencantado? En este sentido, las grietas y fisuras de la arquitectura, el progresivo ceder al tiempo de la materia, su decaimiento, comienza a dar espacio al escamoteo. La desacralización de la percepción valórica del lugar, permite la reinversión útil, tanto en la mercantilización del lugar como en la habitabilidad de los espacios muertos.



Imagen 3. Caspar David Friedrich, “Abtei im Eichwald” (1809-1810, óleo sobre lienzo, 110 x 171 cm, Alte Nationalgalerie, Berlín)

La figura de la ruina sacra continúa, pero ya no en clave trascendental, sino que se vuelca sobre la objetivación de la memoria (moderna, política, ambas o ninguna), y una fractura en las investigaciones sobre la/las ruina/s sería entrar en este campo: entender cómo se funda y justifica este viejo-nuevo orden moral sobre las cosas; cómo el oxímoron de racionalización del encanto, en forma de ordenanza de conservación que inhibe el hacer sobre un inmueble, logra cumplir la otra entelequia del diseño, ‘estabilizar la ruina’.

La ruina como fetiche histórico

El problema de la conservación se vincula con el cierre histórico que propone el ejercicio de patrimonio. Con lo anterior, el cierre histórico y de discursos implica el dominio de una ideología que prevalece en el espacio, premiando prácticas y materialidades, mientras elimina otras, y castiga el disenso. Las estatuas son un ejemplo claro del dominio ideológico del paisaje, de la presencia y estabilización de la historia en la materia, y del fin de la disputa sobre las cosas con un lugar. Las estatuas, como en el caso de Estados Unidos y el derrocamiento de los símbolos confederados, muestran una disputa entre historia oficial y heteroglosias que en clave insurgente quieren resignificar y evidenciar las exclusiones del relato nacional, como también su cristalización en materias, objetos y en el dominio del paisaje urbano (Maurantonio, 2018). Las acciones de oposición a la cristalización de la historia se levantan no sólo como ataques y derrocamientos, sino también contra monumentos, como dispositivos intersticiales que intentan revertir en el espacio estratégico, mediante tácticas, las formas del gobierno cerrado del espacio. O permiten establecer una gramática histórica, que luego se vuelve formal (Milošević, 2018). Porque la praxis situada de la protesta, incluso en sus vestigios, es testimonio de disputa a una oficialidad que asfixia, o excluye, mediante ausencias (Endres y Senda-Cook, 2011)

Desde la conservación crítica, Hays (2017) plantea que el fetiche de la ruina histórica se desentiende de los procesos históricos mismos, intentando poner un cierre tanto a la materia como a los procesos humanos. En esto, se diluye la posibilidad misma del testimonio como proceso, bricolaje y formas emergentes que van escribiendo y dando forma a los monumentos. Por su parte, Moshenska (2015) cuestiona cómo la puesta en escena de sitios de memoria o patrimoniales despliega un simulacro de eventos e hitos históricos, en los cuales se diluye la vitalidad misma de lo que se quiere recordar, al convertirlo en una suerte de diorama. Al mismo tiempo, las condiciones materiales, las diagramaciones del recorrido, y las formas de presentar lo ocurrido, tienden a eliminar las posibilidades de otras voces. Un edificio, un territorio, un espacio, deviene sólo posible de describir y conocer a través del ojo del dueño de esta suerte de parque de diversiones de la memoria. En este punto, aparece la imagen de la ruina como naturaleza muerta. La única forma de gobierno concebible de la historia, el tiempo y las emociones en la materia arquitectónica.

La naturaleza muerta se vuelve evocativa de una situación ideal, profundamente estetizada y bella. Como señala Stewart (2007), en los objetos idílicos, en los paisajes y estereotipos, reside una posibilidad de escape, un resquebrajamiento del cotidiano:

A still life is a static filled with vibratory motion, or resonance. A quivering in the stability of a category or a trajectory, it gives the ordinary the charge of an unfolding. (Stewart, 2007, p. 19).

La naturaleza muerta se despierta como un espacio donde es posible encontrar la metonimia de ciertos valores ideales, estéticos, en una figura inanimada. La intensidad que desata un ideal para con los afectos, y los deseos, que permite estabilizar el paisaje cotidiano en un valor no presente, pero evocativo. En este punto, las ruinas, lo ruinoso, lo ajado, lo resquebrajado, se conectan como la antípoda de la idea de satisfacción y reino mítico de un paisaje pacificado.

Un ejemplo de un paisaje pacificado, donde las condiciones son ruinosas materialmente y menesterosas para la población humana que lo habita, es el Ghetto Theresienstadt. La *Verschönerungsaktion*, o campaña de heroseamiento del ghetto, como lo describe Sebald (2019), fue un proceso de estabilización material de un ideario de normalidad. Negocios, espacios separados, vida social, paseos y actividades se convierten en la fachada que ocupa el régimen Nacional Socialista en Checoslovaquia durante el periodo de ocupación en la década de 1940s. La domesticación de la violencia como un proceso tolerable con base en las materias y formas que invierten, dentro de la fábrica de simulaciones que es el fascismo, un cotidiano que amenaza a diario con la muerte, por una muerte ornamentada y disciplinada. No es la violencia estructural, el gobierno necropolítico sobre el otro el problema (Mbembe, 2003), sino que el resquicio estético que logra figurar y producir una ciudad en base a gustos que maquillen, o como dice Povinelli (2011), camuflen, las formas de violencia como si fueran favores y entendimientos.



Imágen 4. Bedrich Fritta: Geschäfte in Theresienstadt (1944) (fuente: Private Sammlung Familie Haas)

Un ghetto donde la marca inmanente del miedo acechante (Viveiros De Castro, 2012) sólo fue recubierta por materias restituídas en lo arquitectónico y manierismos urbanos que evocan un continuum de ciudad burguesa europea, sin las complicaciones que la ciudad efectivamente presenta: vivir en un ghetto militarizado y restringido en las diversas capas y relaciones simbólicas y vitales que tiene el lugar. A diferencia, o con los matices que tienen los Ghettos étnicamente segregados como formas de miseria que estudia Wacquant (2010), el ghetto que cuenta Sebald (2019) no es solo contención, sino territorio de exterminio.

Ruinofobia

En este punto, Tsimpouki (2019) y Bennett (2017) dan elementos importantes para entender la ruina como un objeto a temer, debido a su, presumida, agencia destructiva y contagiosa. Ambos apelan al elemento afectivo-ideológico de la ruina como fin de una utopía, en el sentido de Picon (2013), la cual se presenta como una abyección material que amenaza con arruinar el paisaje urbano. Un actante posible de destruir lo conquistado; un virus arquitectónico que transmitirá su estado zombificado a los edificios colindantes, a los barrios aledaños y a las personas, pasando de ciudadanos probos a viles truhanes. Si Dillon plantea la ruinafilia, *ruinsucht*, como una fascinación romántica por la ruina, la ruinafobia es el terror de que la ruina se cronifique como el paisaje natural de la modernidad. Si la modernidad está dispuesta a destruir (González-Ruibal, 2008), dichas violencias tienen una geografía diferenciada que no puede, ni debe, habitar en los centros urbanos. Ya lo comentaba Flusty (1994) al señalar los procesos de limpieza de los centros burocráticos y financieros de las ciudades, moviendo la miseria, tanto material como humana, a los márgenes. O como lo analiza Matless (1994) al evidenciar las formas de gobierno del territorio mediante imaginarios estéticos que moralizan determinados paisajes y arquitecturas, y que en el sentido de Cresswell (1996) definen la permanencia y el lugar geográfico de las cosas.

La ruinafobia plantea el temor a la ruina en el sentido que evidencia abandono, improductividad, y que la materia ajada se erige como un problema, como un tipo de materialidad abyecta. En este punto, la

genealogía lockeana de la producción de propiedad mediante el uso del territorio evidencia que los espacios ruinosos son entendidos, en las dinámicas del valor y producción urbana, como desperdicios y óxido (Picon, 2000). Pero aún el desperdicio debe ser reconvertido en un nuevo valor comercial urbano (O'Callaghan et al., 2018). Al mismo tiempo, la visión altamente utilitarista y de reconversión urbana como restitución del orden de la propiedad pone el centro de la legitimidad del habitar y hacer ciudad en los propietarios o residentes que pagan renta (Henneberry, 2017). Lo anterior, anulando proyectos entendidos como indeseados por parte de la administración política y financiera de las urbes, y desplegando acciones policiales para erradicar a los indeseables (Martínez, 2020). Lo anterior, sustentándose en percepciones del terror al disenso, o propuestas teóricas como la teoría de la ventana rota, o indicadores estadísticos que definen a los edificios abandonados como ruinas peligrosas, como condensadores del fin de la ciudad deseada (Spelman, 1993; Wilson & Kelling, 1982). En este punto se levanta una suerte de narrativa de *Terra Nullius*, que, mediante las condiciones de uso y de la materia del lugar, anula la agencia de los habitantes presentes, e incluso desconoce su presencia (Fitzmaurice, 2007; Ren, 2014).

En este punto, la ruinofobia, como señala Tsimpouki (2019), es tanto una advertencia del deterioro, como un indicador del fracaso del gobierno absoluto de la ciudad. Por ello, es preciso ocultar, reconstruir, rehabilitar. Bennett (2017) apuesta a señalar que hay una pulsión reformadora que dibuja un paisaje apacible, ordenado y regulado, como entelequia de ciudad. La misma entelequia que, para Hubbard (2017) o Schulman (2013), impulsa a los gobiernos de las ciudades a establecer alianzas de normalización con los espacios de disidencia (sexual, política, de ocupación, frente al capital): las heterotopías construidas siempre pueden ser normalizadas en un bricolaje homogeneizador, disciplinado, de las economías creativas o de la ciudad como espacio de consumo. Lo anterior, evidenciado en el caso de la renovación urbana de Berlín en los 2000 bajo el emblema de lo *cool*, u otras normalizaciones de usos emergentes en el norte global (Colomb, 2017; Metaal, 2007). Una suerte de pacificación de la ruina, mediante su recubrimiento y vuelta al uso, pero concentrando una narrativa de ciudad que excluye mediante el consumo, tiende a tomar lugar (Zukin et al., 2009).

Conclusión

La ruina se pierde en sus posibilidades de universalidad, de ver en cada materia ajada una pérdida humana general, y esto nos permite entenderla como un pequeño encuadre que toma elementos relevantes para tareas funcionales de representación (Heidegger, 1977). La discusión desarrollada busca aportar a la problematización de la ruina posibilidades de comprensión en el contexto del gobierno político, en su vertiente histórica, como también en sus implicancias a nivel urbano como presencia y ficción. La ruina, *per se*, sólo puede habitar como fenómeno estético, pero las implicancias políticas y de gobierno, de idearios de desarrollo y modernidad, siempre encuentran en la materia un referente fetichizado de las condiciones humanas de hacer mundo.

Estos apuntes parten de un proceso extenso de investigación y palimpsesto, proponen no cuatro lecturas cerradas, pero sí debatir y reconocer la ruina como fenómeno de categorización que tiene un vaivén desde el cierre arquitectural del pasado hasta identificarle como un bache en el apacible paisaje de las ciudades bajo el gobierno del disciplinamiento urbano burgués. La ciudad debe ser y permanecer en su diseño, y al mismo tiempo, oscurecer sus contradicciones. Un centímetro que se corra la realidad material del diseño planeado, en este caso en la arquitectura urbana, se hace presente una amenaza que contiene en sí el germen del fin. Las ruinas son ruinas cuando son problemas identificados con una carga ideológica que muestra derrumbe de una propuesta política e ideológica que debía gobernar *in saecula saeculorum* el espacio. Al mismo tiempo, la ruina es una condición identificable en la experiencia vital del mundo de la vida. La vida misma al límite de la no posibilidad de reproducción ni conservación. En este punto, la ruina es el estado inmanente del miedo, que avizora el fin, y a su vez, del reconocimiento de la precariedad de los cuerpos, y las posibilidades limitadas de contención de la vida en ellos. En este sentido, el concepto de

ruina tiene un espesor que evidencia fines, pero también el reconocimiento de que hubo vida y vitalidad, tanto en las formas simbólicas, como en las materias arquitectónicas y los cuerpos que recubre esta forma del fin. La ruina solo puede existir como concepto relacional, en base a la ausencia de una vida que está en algún tipo de cobertura mortuoria, donde se reconoce que hubo voluntad que permitió alguna vitalidad, pero ahora, sólo quedan sus osamentas.

La ruina, en este punto debe ser entendida siempre como un concepto relativo, altamente evocativo y que habla del deseo de vincular una pérdida con un presente no correspondido. La nostalgia es la clave afectiva que intensifica y promueve la ruina. Porque la ruina nunca es ruina por derecho propio. Puede existir un tipo de evocación de la materia, una epistemología del abandono, donde el ambiente (Anderson, 2009) reconoce en la materia y objetos actantes que posibilitan interacciones con las personas, que no son del todo traducibles, pero sin dudas que tienen efectos afectantes en los cuerpos, y en las concepciones que gobiernan el mundo de la vida. La ruina es una memoria cultural, un deseo ideológico y socializado que permite observar y constituir objetos, espacios y lugares como ausencias. La ruina deviene un indicador, y un dispositivo, de excesos de humanidad, que en el sentido de Yusoff (2016), profundiza y tiende a intensificar la miopía de un horizonte donde lo humano y las acciones humanas son lo único que vale, y por eso, la ausencia de su valor se asume como tragedia. En este punto, la ruina debe ser entendida como un proceso de deterioro, pero que su posibilidad de conocimiento y realidad no excede los contextos minúsculos, y generosos, en los cuales la imaginación humana le permite existir.

Referencias

- Anderson, B. (2009). Affective atmospheres. *Emotion, Space and Society*, 2(2), 77-81. <https://doi.org/10.1016/j.emospa.2009.08.005>
- Augé, M. (2000). *Los «no lugares», espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Beardsworth, A. (2019). Melancholia and the bomb: Robert Lowell, Anne Sexton and the fragmented atomic psyche. En E. Mitsi, A. Despotopoulou, S. Dimakopoulou, y E. Aretoulakis (eds.), *Ruins in the literary and cultural imagination* (pp. 159-175). Londres: Palgrave Macmillan.
- Beck, U. (2008). *La Sociedad del riesgo mundial: En busca de la seguridad perdida*. Paidós.
- Bennett, L. (2017). Forcing the empties back to work? Ruinphobia and the bluntness of law and policy. En J. Henneberry (ed.), *Transience and permanence in urban development* (pp. 17-29). Hoboken, NJ: Wiley-Blackwell.
- Bennett, L. (2020). The bunker's after-life: cultural production in the ruins of the cold war. *Journal of War & Culture Studies*, 13(1), 1-10. <https://doi.org/10.1080/17526272.2019.1698845>
- Bouchier, M. (2016). Le moment politique des ruines. *Frontières*, 28(1). <https://doi.org/10.7202/1038865ar>
- Colomb, C. (2017). The trajectory of Berlin's 'interim spaces': tensions and conflicts in the mobilisation of 'temporary uses' of urban space in local economic development. En J. Henneberry (ed.), *Transience and permanence in urban development* (pp. 131-149). Hoboken, NJ: Wiley-Blackwell.
- Cresswell, T. (1996). *In place/out of place: geography, ideology, and transgression*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Doron, G. (2008). Those marvellous empty zones on the edge of our cities: heterotopia and the dead zone. En M. Dehaene y L. de Cauter (eds.), *Heterotopia and the city. Public space in a postcivil society* (pp. 203-214). Londres: Routledge.
- Edensor, T. (2005). *Industrial ruins: space, aesthetics and materiality*. Oxford, UK: Berg Publishers.
- Endres, D., y Senda-Cook, S. (2011). Location matters: the rhetoric of place in protest. *Quarterly Journal of Speech*, 97(3), 257-282. <https://doi.org/10.1080/00335630.2011.585167>
- Espinoza, G. (2020). One's regeneration is another's gentrification: an analysis concerning Barrio Franklin's commerce. *Persona y Sociedad*, 34(1), 71-94.

- Fitzmaurice, A. (2007). The genealogy of *Terra Nullius*. *Australian Historical Studies*, 38(129), 1-15. <https://doi.org/10.1080/10314610708601228>
- Flusty, S. (1994). *Building paranoia: the proliferation of interdictory space and the erosion of spatial justice*. Los Ángeles, CA: LA Forum for Arch & Urban Design.
- Gieryn, T. F. (2002). What buildings do. *Theory and Society*, 31(1), 35-74. <https://doi.org/10.1023/A:1014404201290>
- Göbel, H. K. (2015). *The re-use of urban ruins: atmospheric inquiries of the city*. Londres: Routledge.
- González-Ruibal, A. (2008). Time to destroy: an archaeology of supermodernity. *Current Anthropology*, 49(2), 247-279. <https://doi.org/10.1086/526099>
- Guggenheim, M. (2009). Building memory: architecture, networks and users. *Memory Studies*, 2(1), 39-53. <https://doi.org/10.1177/1750698008097394>
- Hays, M. (2017). Remnants, incident and an outline for a future theory of critical conservation. *Materia Architectura*, 11, 86-89.
- Heidegger, M. (1977). *The question concerning technology, and other essays*. Nueva York: Garland Publishing.
- Henneberry, J. (2017). Introduction: temporary uses as alternative practices. En J. Henneberry (ed.), *Transience and permanence in urban development* (pp. 1-15). Hoboken, NJ: Wiley-Blackwell.
- Hubbard, P. (2017). *The battle for the High Street: retail gentrification, class and disgust*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Huyssen, A. (2006). Nostalgia for ruins. *Grey Room*, 6-21. <https://doi.org/10.1162/grey.2006.1.23.6>
- Ingold, T. (2002). *The perception of the environment: essays on livelihood, dwelling and skill*. Londres: Routledge.
- Ingold, T. (2012). *Ambientes para la vida. Conversaciones sobre humanidad, conocimiento y antropología*. Montevideo: Trilce.
- Ingold, T. (2013). *Making: anthropology, archaeology, art and architecture*. Londres: Routledge.
- Ingold, T. (2018). *La vida de las líneas*. Santiago: Universidad Alberto Hurtado.
- Jessop, R., D. (2003). From thatcherism to new labour: neo-Liberalism, workfarism, and labour market regulation. En H. Overbeek (ed.), *The political economy of European employment: European integration and the transnationalization of the (un)employment question* (pp. 137-153). Londres: Routledge.
- Jouannais, J.-Y. (2017). *El uso de las ruinas: retratos obsidionales*. Barcelona: Acantilado.
- Latour, B., y Yaneva, A. (2008). Give me a gun and I will make all buildings move; an ANT's view of architecture. En R. Geiser (ed.), *Explorations in architecture: teaching, design, research* (pp. 80-89). Basilea: Birkhäuser.
- Lorey, I. (2016). *Estado de inseguridad: gobernar la precariedad*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Mah, A. (2010). Memory, uncertainty and industrial ruination: Walker Riverside, Newcastle upon Tyne: memory, uncertainty and industrial ruination. *International Journal of Urban and Regional Research*, 34(2), 398-413. <https://doi.org/10.1111/j.1468-2427.2010.00898.x>
- Martin, D. (2014a). Introduction: towards a political understanding of new ruins: debates and developments. *International Journal of Urban and Regional Research*, 38(3), 1037-1046. <https://doi.org/10.1111/1468-2427.12116>
- Martin, D. (2014b). Translating space: the politics of ruins, the remote and peripheral places: debates and developments. *International Journal of Urban and Regional Research*, 38(3), 1102-1119. <https://doi.org/10.1111/1468-2427.12121>
- Martínez, M. A. (2020). *Squatters in the capitalist city: housing, justice, and urban politics*. Londres: Routledge.
- Matless, D. (1994). Moral geography in Broadland. *Ecumene*, 1(2), 127-155. <https://doi.org/10.1177/147447409400100202>

- Maurantonio, N. (2018). Tarred by History: materiality, memory, and protest. *De Arte*, 53(2-3), 51-69. <https://doi.org/10.1080/00043389.2018.1491109>
- Mbembe, A. (2003). Necropolitics. *Public Culture*, 15(1), 11-40. <https://doi.org/10.1215/08992363-15-1-11>
- Metaal, S. (2007). Gentrification, een overzicht. *OASE*, 73, 7-28.
- Milošević, A. (2018). Historicizing the present: Brussels attacks and heritagization of spontaneous memorials. *International Journal of Heritage Studies*, 24(1), 53-65. <https://doi.org/10.1080/13527258.2017.1362574>
- Moshenska, G. (2015). Curated ruins and the endurance of conflict heritage. *Conservation and management of archaeological sites*, 17(1), 77-90. <https://doi.org/10.1179/1350503315Z.00000000095>
- O'Callaghan, C., Di Feliciano, C., y Byrne, M. (2018). Governing urban vacancy in post-crash Dublin: contested property and alternative social projects. *Urban Geography*, 39(6), 868-891. <https://doi.org/10.1080/02723638.2017.1405688>
- Ōe, K. (2011). *Cuadernos de Hiroshima*. Barcelona: Anagrama.
- Picon, A. (2000). Anxious landscapes: from the ruin to rust. *Grey Room*, 1, 64-83. <https://doi.org/10.1162/152638100750173065>
- Picon, A. (2013). Learning from utopia: contemporary architecture and the quest for political and social relevance. *Journal of Architectural Education*, 67(1), 17-23. <https://doi.org/10.1080/10464883.2013.767120>
- Povinelli, E. A. (2011). *Economics of abandonment: social belonging and endurance in late liberalism*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Ren, X. (2014). The political economy of urban ruins: redeveloping Shanghai: debates and developments. *International Journal of Urban and Regional Research*, 38(3), 1081-1091. <https://doi.org/10.1111/1468-2427.12119>
- Schluchter, W. (2011). Ferdinand Tönnies: comunidad y sociedad. *Signos Filosóficos*, 13(26), 43-62.
- Schulman, S. (2013). *The gentrification of the mind: witness to a lost imagination*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Sebald, W. G. (2019). *Austerlitz*. Barcelona: Anagrama.
- Sloterdijk, P. (2014). *Espumas: esferología plural*. Madrid: Siruela.
- Spelman, W. (1993). Abandoned buildings: Magnets for crime? *Journal of Criminal Justice*, 21(5), 481-495. [https://doi.org/10.1016/0047-2352\(93\)90033-J](https://doi.org/10.1016/0047-2352(93)90033-J)
- Stewart, K. (2007). *Ordinary affects*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Stoetzer, B. (2018). Ruderal ecologies: rethinking nature, migration, and the urban landscape in Berlin. *Cultural Anthropology*, 33(2), 295-323. <https://doi.org/10.14506/ca33.2.09>
- Tsimpouki, T. (2019). "There must be no ruins": ruinophobia and urban morphology in turn-of-the-century New York. En E. Mitsi, A. Despotopoulou, S. Dimakopoulou, y E. Aretoulakis (eds.), *Ruins in the Literary and Cultural Imagination* (pp. 111-126). Londres: Palgrave Macmillan.
- Tsing, A. L. (2015). *The mushroom at the end of the world: on the possibility of life in capitalist ruins*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Tsing, A. L. (Ed.). (2017). *Arts of living on a damaged planet*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Virilio, P., y Lotringer, S. (2002). *Crepuscular dawn*. Cambridge, MA: The MIT Press.
- Viveiros De Castro, E. (2012). Immanence and fear: stranger-events and subjects in Amazonia. *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 2(1), 27-43. <https://doi.org/10.14318/hau2.1.003>
- Wacquant, L. (2010). *Urban outcasts: A comparative sociology of advanced marginality*. Cambridge, UK: Polity Press.

Yusoff, K. (2016). Anthropogenesis: origins and endings in the anthropocene. *Theory, Culture & Society*, 33(2), 3-28. <https://doi.org/10.1177/0263276415581021>

Zukin, S., Trujillo, V., Frase, P., Jackson, D., Recuber, T., y Walker, A. (2009). New retail capital and neighborhood change: boutiques and gentrification in New York City. *City & Community*, 8(1), 47-64. <https://doi.org/10.1111/j.1540-6040.2009.01269.x>



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](#). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier uso permitido por la licencia.

